

## *El círculo fatal de los países latinoamericanos*

### **Internacionalización, mundialización, globalización**

1. Desde hace algún tiempo, los conceptos que constituyen el subtítulo de este trabajo, se vienen utilizando con cierto sentido mítico. No se sabe con claridad qué es lo que real y estructuralmente expresan. Considero, sincera y modestamente, que su utilización en ocasiones no se halla exenta de ligereza y frivolidad, y, consecuentemente, adolece de rigor analítico e intelectual. Su significado es diferente y hasta radicalmente opuesto según la óptica en la que nos la hora de ofrecer una interpretación. Es decir, no igual el ángulo focal de los países desarrollados los eufemísticamente llamados en vías de desarrollo el término subdesarrollados.

*“La investigación histórico-estructural demuestra que el subdesarrollo contemporáneo es, en gran parte, el producto histórico de la economía pasada y actual y de otras relaciones entre los países subdesarrollados y los actuales países metropolitanos desarrollados. Estas relaciones son parte esencial de la estructura y el desarrollo del sistema capitalista a escala mundial en conjunto”. (G.Frank).*

*“Cualquier desgracia que sufran los seres humanos, sea donde sea, nos afecta a todos. Quien tolera la injusticia durante mucho tiempo, fomenta la injusticia” (W.Brandt).*

### **2. Caracterización de situaciones: crecimiento desarrollista, desarrollo y subdesarrollo**

Las citas que se transcriben, superadas para unos y vigentes para otros, obligan a definir las tres situaciones de este epígrafe por una doble razón, a saber:

para una coherencia expositiva en este trabajo —breve por su propia naturaleza— y para que el lector realice su propio ejercicio de discernimiento, llegando razonadamente y si lo estima oportuno, a situarse en actitud discrepante respecto a los argumentos utilizados. La disconformidad y la controversia, cuando son fruto de una reflexión personal, resultan altamente positivas.

Hace más de veinte años se daba por concluida en el mundo occidental una etapa de crecimiento desarrollista que, en síntesis, se caracterizó por lo siguiente: —de hecho la principal y casi única referencia era el crecimiento del producto interior bruto y, consiguientemente, el de la renta “per capita”; —no se reparaba en el desenvolvimiento anárquico de la economía ni en los llamativos desequilibrios sectoriales, a excepción, si se quiere, de un escaso número de países altamente industrializados y dotados de tecnología propia; —se fijaron unas metas, que aún persisten corregidas y aumentadas, propias de una cultura pragmática e inmedatista, que se han venido concretando en trabajar (con altas tasas de desempleo), para producir (sin excesiva preocupación por la naturaleza de las necesidades a las que se pretendía dar respuesta, sometiéndose en muchas ocasiones a la ciega e implacable lógica del beneficio), para generar rentas muy desiguales que se han hecho presentes en un mercado exageradamente consumista al que todos nos seguimos viendo abocados, unos más consciente y críticamente que otros. El resultado no se ha hecho esperar: —diferencia abismal entre hemisferios; —desarrollo de una “economía” armamentística privativa de pocos países; —pobreza, miseria y marginación en países subdesarrollados y dualización de la sociedad en los países más desarrollados, dando lugar a la aparición y cristalización del llamado cuarto mundo.

El desarrollo económico —al que todavía no hemos llegado, ni tan siquiera en el occidente industrializado—, es algo muy diferente al crecimiento desarrollista. También a la manera de síntesis, digamos que se puede caracterizar por: —aplicación racional de recursos a la satisfacción de necesidades reales, no sólo las materiales y lucrativas; —equilibrio y no discriminación entre sectores productivos (agro—ganadero, industrial y de servicios); —una adecuada dotación de medios de equipamiento social (sanidad, educación, cultura, comunicaciones, etc.); —reducción acelerada de los exagerados destrozos medio ambientales, que sin el menor sonrojo los economistas hemos dado en denominar “externalidades”; —reducción al mínimo necesario de la producción de armamentos que tantos recursos detrae estérilmente de la economía real, y, con la máscara de la defensa, aplicados a fines destructivos, disuasorios y de dominación; —elaboración de políticas de rentas y tributarias con efectos redistributivos y tendentes a corregir desigualdades; —estímulos al ahorro y a la inversión generadora de puestos de trabajo, para así reducir las a veces intolerables tasas de desempleo; —máximo nivel de cobertura de importaciones con exportaciones; —reducción a límites tolerables de los índices de inflación y, asimismo, de los déficits de las administraciones públicas por gastos corriente, debido a sus

negativas consecuencias inflacionistas y monetarias.

El subdesarrollo económico (con sus peculiaridades según se trate de países latinoamericanos, africanos, árabes y asiáticos), se puede caracterizar por: —marginación por debajo del nivel de subsistencia, es decir, situaciones de pobreza extrema y de miseria; —escasa atención higiénica y médica, que se traduce en alta mortalidad infantil y menor esperanza de vida, aunque el crecimiento demográfico vegetativo sea alto debido a las altas tasas de natalidad; —reducidos grupos privilegiados por su nivel de renta frente a colectivos sociales de muy bajos o nulos ingresos; —baja calidad de los servicios colectivos, así como de la instrucción y educación sanitaria; —explotación exterior de los recursos naturales propios; —polarización de la mayor parte de conflictos armados, que les obliga a la adquisición de armamento y aumento consiguiente de la deuda externa sin estricta finalidad económica; —retroceso generalizado en las últimas décadas, coincidiendo con la entrada de los países desarrollados en una fase de abundancia y de opulencia; —alto grado de inestabilidad política; —y desconfianza generalizada ante los países occidentales industrializados y de alto nivel de desarrollo.

### **3. Conceptos, interpretaciones, propósitos e incoherencias**

Acabamos, de una manera muy sucinta, en base a lo que pudieramos llamar constataciones sociológicas, de acercarnos a tres realidades objetivamente observables que persisten hoy y que, a no dudar, seguirán estando vigentes en un futuro a largo plazo: crecimiento desarrollista, desarrollo económico y subdesarrollo. No basta. También es real la polémica abierta hace ya tres décadas —y por supuesto, no cerrada— para, según la óptica ideológica en la que cada uno se sitúe, se llegue a distintas interpretaciones de las que, a su vez, se derivan diferentes categorías conceptuales que luego se utilizarán como herramientas intelectuales que conducen a una serie inacabada de nuevas y diferentes reinterpretaciones que, con frecuencia, en medios académicos, se han reducido a discusiones y planteamientos que resultan utópicos.

Lo que sí parece cierto es que la problemática propia de los países subdesarrollados de Latinoamérica es muy compleja e interrelacionada con hechos, fenómenos y situaciones que ponen claramente de manifiesto enormes desigualdades entre riqueza-dominación y pobreza-miseria, acusado estancamiento y retraso respecto de los países llamados avanzados, recursos productivos potenciales insuficientemente o mal aprovechados y una endémica dependencia económica, política, cultural y tecnológica. Tales, podríamos decir, son las expresiones que sirven para identificar un país como pobre, tercer mundista, subdesarrollado o, si se quiere, para no caer en eufemismos, dependiente, periférico o cuyos recursos son parcialmente explotados desde el exterior.

Vista la situación actual, da la impresión de que han quedado en pura retórica los propósitos que se expresan en la Carta de las Naciones Unidas, cuando se

dice que los pueblos estaban “decididos a promover el progreso y mejorar sus niveles de vida dentro de una libertad mayor”... “a emplear las instituciones internacionales para la promoción del avance económico y social de todos los pueblos”... “a lograr la cooperación internacional necesaria para resolver los problemas internacionales de orden económico, social, cultural o de carácter humanitario, y para promover y estimular el respeto a los derechos humanos y las libertades fundamentales de todos, sin distinción de raza, sexo, lengua o religión”. Por aquellos años, segunda mitad de la década de los cuarenta se hablaba de la creación de un nuevo orden internacional, a cuyo efecto se ponían en marcha organismos orientados hacia la actividad económica y social. Ahora, enfilando ya el final de siglo y milenio, si miramos hacia atrás, podemos afirmar que se ha incurrido en una monumental incoherencia. Baste recordar que durante el año 1991, del Sur subdesarrollado al Norte desarrollado, se han transferido del orden de cincuenta mil millones de dólares y sólo hablamos de un momento del proceso de transferencias registrado en esa misma dirección a lo largo de tres largas décadas.

Y, por si el argumento se queda corto, debo añadir que en la Comisión Económica creada al efecto, se decía: “... la Comisión dedicará especialmente sus actividades al estudio y a la búsqueda de soluciones a los problemas suscitados por el desajuste económico mundial en América Latina”. Ya en la década de los cincuenta, con más voluntad que acierto y medios, en las Naciones Unidas se manifestaba la preocupación mayor atención a los problemas del desarrollo industrialización en las áreas menos por prestar una económico e desarrolladas.

En relación dialéctica desarrollo-subdesarrollo, —tras considerar que se trata de las dos caras de una misma moneda—, se inscribían conceptos como los de riqueza, pobreza, evolución, progreso, industrialización y crecimiento que, sin ser novedosos en la trayectoria histórica de la economía, se actualizaron y pasaron a engrosar el pensamiento y a influir en el diseño y formulación de las distintas políticas económicas, subordinando —las más de las veces— las de los países subdesarrollados a las de los desarrollados. Desde el punto de vista de la teoría y del análisis del crecimiento, se entendía que un país subdesarrollado era y sigue siendo aquél que muestra una situación de atraso y de desfase respecto de países más avanzados. La actividad económica internacional se asemeja a una especie de “maratón” en la que aparecen los primeros, los colocados en una posición media y los rezagados. Situación global que, salvo el caso de que concurren realmente no se qué circunstancias, se muestra poco menos que inamovible.

Lo que es, por tanto, rigurosamente cierto, es que la configuración estructural de las economías es radicalmente diferente y desigual según se trate de países desarrollados y subdesarrollados. En el fondo, lo que en buena parte sucede es que, pese a ser discutible la apreciación, la evidente situación de desigualdad y desequilibrio internacional, hunde sus raíces en relaciones que se

dieron en otras etapas históricas (metrópolis-colonias) que bajo otras formas estructurales también perceptibles persisten en la actualidad. Se juega en el mismo campo a la búsqueda de objetivos disímiles y con reglas de juego diferentes que, ¡qué casualidad!, favorecen casi siempre a los mejor situados competitiva y tecnológicamente.

#### **4. El enfoque historicista cuestionado**

Durante bastantes años, en el ámbito académico se ha expuesto como válida la tesis de Rostow en el sentido de que el desarrollo económico para los distintos países ha pasado, sucesivamente, por las siguientes cinco fases o etapas:

1. Tradicional. Con procesos productivos propios de la agricultura y ganadería que, por otra parte, absorbía el excedente económico. Con los límites marcados por la ciencia y tecnología newtonianas.
2. Precondiciones para el despegue, que supone: un cierto desarrollo comercial y manufacturero-industrial; la manifestación de cuestiones sociales que habían permanecido latentes; y la opción política por una forma de Estado de carácter centralizado.
3. Despegue o "take off", que supone: la consolidación de los sectores textil, siderúrgico, metalúrgico, químico, papelerero, construcción y avance en las comunicaciones. La tasa de inversión se sitúa entre el 5% y el 10% de la Renta Nacional. El ahorro y la inversión serán las variables económicas cruciales.
4. Madurez. Momento en que la tasa de inversión duplica a la de la etapa anterior, el proceso de industrialización es irreversible e imparable, primero bajo el signo de la electromecánica y más tarde del de la microelectrónica.
5. Era del consumo de masas. Crece la renta "per capita", de manera que varían rápidamente las necesidades y las pautas de consumo, es decir, se pasa de la adquisición de bienes de consumo perecedero a otros de consumo duradero. Se da un transvase del campo a la ciudad, lo que supone un relativo enfrentamiento entre la sociedad rural y la sociedad urbana por razones económicas, sociales y culturales. Se puede hablar, con matizaciones, de una situación de prosperidad material generalizada para importantes contingentes de la población.

A esta forma de entender el proceso de desarrollo económico hay que hacer una severa crítica, destacando los siguientes aspectos: —responde sólo a la óptica de los países industrializados, constituidos en modelo para los demás sin reparar en sus desajustes, desequilibrios y contradicciones; —hace caso omiso de las etapas colonialista y neocolonialista que, aunque no como única causa, influyen decisivamente en el subdesarrollo y desarrollo, pudiendo afirmarse, con matices, que aquél es consecuencias de éste, o viceversa; —se percibe una exce-

siva subordinación al avance tecnológico, respecto del cual se hace una valoración absolutamente positiva, cuando en realidad es ambivalente, pues ha servido tanto para construir como para destruir; —pasa por alto y sin ningún análisis la gran influencia de los mecanismos internacionales (comerciales, financieros y monetarios); —indirectamente no sólo no denuncia, sino que justifica las desigualdades internacionales; —es impensable que, bajo la férula de la actual estructura económica mundial, los países, en general, puedan pasar sucesivamente por las etapas señaladas, toda vez que, en su mayoría, quedan estancados en la primera y segunda sin posibilidad real de pasar a las siguientes en el caso de que se lo propusieran.

Se puede añadir, además, que resulta una falacia decir que cuando se habla de modernidad y post-modernidad (con la tecnología como factor de cambio fundamental), se haya logrado la incorporación real de colectivos populares a la vida social y a la democratización de la vida política y al consumo llamado de masas. Lo que se observa es muy diferente: —la sociedad actual moderna/post—moderna, no ha reducido sino acrecentado, los colectivos de no integrados y marginados; —la decisión autónoma, económica, social, política y cultural, no ha sido de verdad posible en países como los latinoamericanos; —y, en general, en vez de un proceso de democratización y de participación activa popular se ha optado por una línea de centralización administrativa y política, en ocasiones con poderes fuertes de dudosa representatividad y legitimidad.

## **5. La desigualdad instalada en la estructura social**

Como quiera que lo más inmediatamente llamativo cuando uno se acerca a los países subdesarrollados son las flagrantes desigualdades de su estructura social, conviene decir cuál es el concepto de estructura social que es preciso tener presente al referirnos a la base socioeconómica de los países subdesarrollados.

Son fundamentalmente tres las “escuelas” que se han enfrentado al problema de definir una realidad tan compleja y cambiante como la estructura social: funcionalista, estructuralista y marxista. Ninguna se puede asumir como verdadera y en cada una de ellas hay algo de cierto. En todas existe un trasfondo ideológico-utópico que las predetermina, aunque hoy, si bien lo ideológico persiste, —pese a que haya quienes lo niegan—, lo utópico es lo que sí parece atravesar sus horas bajas.

Aceptamos, con las reservas y cautelas que se estimen oportunas, que la estructura social es un conjunto o una totalidad social integrada por partes o variables vertebradoras (económica, política, social y cultural) que entre sí actúan de modo interdependiente y se hallan vinculadas e imbricadas por tiempo indefinido o duradero, pero que no tiene garantizada su perdurabilidad. Sí es importante distinguir cuando se habla de la sociedad global y de los colectivos o

agrupamientos particulares, al igual que cuando se habla de organización social y de comportamientos o conductas sociales.

Pueden servirnos, igualmente, algunos de los principios metodológicos de Lévi-Strauss para ir más allá de la superficie o de las apariencias de las relaciones sociales: "toda estructura es un conjunto determinado de relaciones ligadas las unas a las otras según leyes internas de transformación que hay que descubrir"... "toda estructura combina elementos específicos que son sus componentes propios y que, por esta razón, es inútil pretender reducir una estructura a otra distinta o deducir una estructura de otra". Anatol Rapport, nos ayuda haciéndonos ver que la estructura social es un proceso, —al igual que el ser humano, siempre inacabado—, porque el sistema socioeconómico en el que se inscribe evoluciona y replantea periódicamente su organización, por lo que "su muerte no depende sólo de los estados originarios, sino de las perturbaciones del entorno"... "el sistema está obligado a readaptarse continuamente para responder a nuevos desafíos y reducir inestabilidad e incertidumbre en medio de la realidad circundante". Ninguna sociedad se halla exenta de registrar influencias como: la modernización, la urbanización, la industrialización más o menos desarrollada, la emigración, los colectivos marginales y la anomalía en mayor o menor grado.

Otro autor, Akerman, analiza los períodos de cambio estructural, llegando a destacar ocho fuerzas motrices que están en la base de las transformaciones estructurales: el progreso de la técnica, el crecimiento de la población, la transformación de los móviles que presiden las acciones de los individuos, los cambios políticos, el desarrollo del crédito, la concentración de los grupos económicos, las relaciones entre la industria y la agricultura y las modificaciones en la distribución de la renta. Dichas fuerzas se pueden, en cierto modo, reducir a dos: el progreso científico-técnico y las transformaciones derivadas de la alternancia de períodos de paz y de guerra. Hay que considerar, también, la dificultad que existe para precisar conceptualmente fenómenos tan complejos y dinámicos como los de evolución, cambio, estructura y coyuntura, a los que con tanta frecuencia se hace referencia .

No parece inadecuada ni impropia esta especie de digresión académico-conceptual, pues abre la posibilidad de formular gran número de preguntas en el momento de acercarnos a la realidad de unos países como los latinoamericanos que conforman una vasta área de subdesarrollo. Más adelante, volveremos sobre las causas radicales que generan dicho subdesarrollo, que obstaculizan y hasta impiden salir de la situación .

## **6. Acercamiento a la economía de América Latina y el Caribe**

Una primera visión panorámica nos permite observar: —una similitud entre los países en lo que se refiere a la distribución de la población en clases sociales, ya que junto a una muy reducida clase alta, —conservadora, privilegiada y

oligárquica—, se da una escasa clase media —conformista, aburguesada, no muy dinámica y emprendedora— y una clase baja que supera los dos tercios o cuatro quintas partes del total —indefensa, desprotegida, oprimida y explotada— que, en gran parte, ha traspasado el umbral de la pobreza extrema; —una evidente insuficiencia de servicios colectivos, consecuencia de una carencia de recursos y de una administración pública poco eficaz y menos eficiente; —bajos niveles de educación y de cultura; —altos niveles de inseguridad ciudadana; —una desconfianza acerca de los responsables de la gestión política y económica que se traduce en desánimo y desesperanza.

Con todo, y pese a numerosas y grandes dificultades, hay un esfuerzo de búsqueda de caminos para superar progresivamente la aguda crisis que, con diferencias, azota y agobia a todos los países desde hace prácticamente veinte años. El deseable impulso hacia la recuperación y el desarrollo, encuentra serios obstáculos en: —el peso del sobreendeudamiento y la excesiva transferencia de recursos; —la fragilidad de los procesos de inversión que frenan la acumulación de capital necesaria; —el muy escaso o nulo poder adquisitivo de amplios colectivos sociales que impide la consolidación de mercados interiores; —los dispositivos fiscales y la formulación de políticas económicas de asentamiento y expansión tropiezan con limitaciones poco menos que insalvables; —el estancamiento y la espiral inflacionista se han convertido en una constante. La insuficiencia de capitales externos, la debilidad de los mercados para sus principales exportaciones y las restricciones al comercio, completan el cuadro que hace que el futuro tenga bien poco de alentador.

En 1990 se puede constatar que la actividad, para el conjunto de la región, ha seguido una trayectoria descendente durante diez años, aunque ésta se sitúa ligeramente por encima del 1% anual. Dicho descenso, aunque no se pueda considerar alto, ha repercutido del mismo modo y en la aproximadamente misma proporción en la renta por habitante, perdiéndose, por tanto, capacidad adquisitiva que, como es obvio, ha incidido acusadamente en el gran contingente de población más desfavorecida. Subrayo los factores que han influido inmediatamente en este proceso regresivo: el retroceso de las economías más inestables desde la perspectiva macroeconómica y las políticas económicas implementadas de modo general para contener la demanda a fin de frenar en lo posible la espiral inflacionista que, en ocasiones, ha alcanzado cotas de auténtica hiperinflación.

También, en lo referente a la disminución de habitante, ha influido la elevada tasa de crecimiento demográfico. Consecuentemente, los indicadores de relativo bienestar negativamente afectados los últimos años, se han deteriorado aún más. Sólo un reducido número de países han visto aumentar levemente la producción por habitante. Esta atonía en la producción global de toda la región es, a su vez, la causa próxima e inmediata de que se haya generalizado un aumento en las tasas de desempleo en verdad alarmantes, sin perjuicio de que en algún caso la

tasa se haya mantenido constante. A todo esto ha contribuido simultáneamente el control de la demanda agregada y los ajustes fiscales que, como casi siempre, repercuten en el deterioro de los salarios reales.

Si a lo que antecede, añadimos la manifiesta imposibilidad e incapacidad de controlar los déficits públicos y las sendas interrogantes que plantea la evolución económica, nos podemos explicar el éxodo o más bien la evasión de divisas hacia países desarrollados y altamente industrializados. Por supuesto, en esta salida de divisas sólo participan los grupos sociales privilegiados, puesto que a los que se hallan en peor situación sólo les queda la emigración como alternativa, que, a su vez, se transforma en exportación del trabajo generadora de divisas.

Igualmente, es de observar, para los países de la región exportadores de petróleo, un superávit comercial, a raíz del aumento en los crudos de petróleo provocado por la crisis del Golfo Pérsico. Piénsese, que para el conjunto de países y en el corto plazo, a partir de Agosto de 1990, cada dólar de aumento en el precio del petróleo ha supuesto un incremento de 106 millones de dólares en la cuantía de las exportaciones mensuales y casi 38 millones en las importaciones. La ineficiencia relativa de las administraciones públicas, unida a las casi habituales prácticas colusivas, han impedido el aprovechamiento adecuado de esta oportunidad relativa y transitoria. Y, por otra parte, la crisis que actualmente registra el mercado del petróleo es causa del aumento del valor de las importaciones regionales que, en general, ha seguido una línea creciente, ocasionando un déficit comercial y por cuenta corriente. Además, hay que destacar el hecho de que varios países (Argentina, Panamá, Perú, Venezuela, por ejemplo), han visto aumentar la salida neta de capitales; bien entendido, que una parte importante de los ingresos de capitales se han utilizado en el servicio de la deuda externa, a la que dedicaré un epígrafe más adelante.

Ante esta situación la mayoría de países llevan a efecto ajustes en su política fiscal y reestructuran sus administraciones públicas en busca de operatividad, eficacia y eficiencia reales. Cosa nada fácil de lograr, puesto que la incertidumbre de la economía a nivel mundial influye en la región de forma que, al tiempo que disminuyen las exportaciones, aumentan las dificultades para el coste y financiamiento externo. Así, sucede que el ritmo de expansión de las economías industriales, de por sí poco desarrolladas, ha ido cayendo estos últimos años, habiendo pasado del 4,3% en 1988 al 2,5% en 1990, tendencia que no presenta síntomas de invertirse .

El último ejercicio del que se dispone de datos (1990), debido a que el valor unitario de las importaciones fue superior al de las exportaciones, la relación de precios del intercambio para el conjunto de países disminuyó en algo más del 1%. El poder de compra de las exportaciones aumentó sólo ligeramente en el caso de los países exportadores de petróleo, mientras que disminuyó en un 8%

en los países no exportadores de petróleo. Es por ello, que el saldo positivo del comercio exterior, después de tres o cuatro años de nada desdeñable expansión, nuevamente presenta una apreciable contracción, a la que ha contribuido notablemente Brasil, cuyo superávit ha pasado de 16.100 millones de dólares en 1989 a 10.500 millones en 1990. En cualquier caso, conviene decir que se observan como tres grupos de países: unos que ven menguar su superávit, otros que lo mantienen y aumentan, y otros que contemplan como sus déficits crecen sin posibilidad de contención. Para el conjunto de la región, por tanto, la reducción del superávit comercial ha resultado ser superior a la totalidad de devengos por servicios e intereses y el déficit por cuenta corriente se elevó de 7.200 millones de dólares a 10.000 millones entre 1989 y 1990, volviéndose a situaciones anteriores.

La magnitud de la pobreza e indigencia en 1989, —270.900.000 habitantes en cifras absolutas y 67% en cifras relativas—, es toda una apelación al mundo occidental desarrollado, debiendo destacar las diferencias entre población urbana y rural. Tengamos en cuenta que recientemente, a principios de Julio de 1994, el Comité de Crisis de Población (PCC), fundación privada con sede en Washington, hacía público el Índice Internacional de Sufrimiento Humano. Bien es cierto que dichos índices pueden resultar discutibles, pero sirven para construir el “mapa del sufrimiento humano” y autodenunciarnos al ver lo poco que son tenidos en consideración los que más sufren y la deliberada ignorancia de quienes hemos caído en las redes de un excesivo y estúpido consumo e inconscientemente transitamos o parasitamos en sociedades de abundancia y gasto incontrolado, con la única salvedad de los pobres y marginados que tenemos en nuestros propios países y que igualmente ignoramos. Mirar y ver resulta con frecuencia un ejercicio muy poco confortable e incómodo. Dejo constancia de que 432 millones de habitantes —el 8% de la población mundial—, distribuidos por 27 países, se hallan en situación de sufrimiento humano extremo. Otros 56 países, con 3.500 millones de habitantes —65% de la población mundial—, registran un índice de sufrimiento humano acentuado, y 34 países, con 636 millones de habitantes —11,8% de la población mundial—, se encuentran entre los catalogados como de sufrimiento humano moderado. América Latina tiene a casi todos sus países incluidos en las tres situaciones, ya que sólo tres pueden ser considerados como de sufrimiento humano mínimo. Aún se hallan más azotados por este vendaval de sufrimiento países africanos y asiáticos.

## **7. La destrucción de recursos naturales y la disminución del valor de la vida**

Es una constatación muy grave. En territorio latinoamericano y caribeño desaparece bosque y selva a razón de 50.000 km<sup>2</sup>. por año. Después de contemplar la selva centroamericana y suramericana, verdaderos pulmones del globo terráqueo, es muy fácil caer en la cuenta de lo que este desastre ecológico supone, unido a la erosión registrada en determinadas zonas. Es por ello, que el

diagnóstico acerca de la situación medio ambiental en América Latina es verdaderamente dramático, preocupante y con un futuro teñido de pesimismo, ya que la Cumbre de la Tierra celebrada en Río de Janeiro, lo que ha puesto de relieve no es otra cosa que un débil propósito para afrontar un deterioro ecológico de semejante magnitud. Lo cierto es que, como comentaba una bióloga, tanto a autoridades públicas como a habitantes, no parece preocuparles en exceso el imparable quebranto que vienen experimentando los recursos naturales de esta amplia región.

Tengamos en cuenta, que en todo este territorio se ubica el 8% de la población mundial, correspondiéndole aproximadamente la cuarta parte de bosques y tierras potencialmente cultivables de todo el planeta, el 12% de las tierras cultivadas, el 17% de los pastizales, el 46% de selvas tropicales, el 31% de aguas dulces del planeta. Y desde el punto de vista energético, posee algo más del 3% de las reservas mundiales de hidrocarburos y casi el 20% del potencial de energía hidroeléctrica.

He de señalar, no obstante, que hay países en los que la relación recursos-población es bastante desfavorable debido a presiones que desde la propiedad se ejercen sobre la utilización de las tierras. De ahí que, previsiblemente, no tardando mucho, las poblaciones insulares caribeñas afrontarán muy serios problemas para su alimentación, porque su producción agrícola será insuficiente, cosa que hoy ya se puede percibir aunque no sea intensamente.

Lo que ya resulta inadmisibile es lo que denuncian expertos en medio ambiente, en el sentido de que este cuantioso potencial económico se halle al servicio de unos pocos únicamente motivados por su particular beneficio a corto plazo, como puede ser la expansión dudosamente sostenible de una ganadería extensiva. La deforestación anual registrada desde 1975 en el trópico, subtropico y Amazonia, continúa a ritmo alarmante. En algunos países el bosque autóctono devastado ha sido sustituido por especies comerciales. Esta reforestación, con una sola especie de rápido crecimiento, provoca la infertilidad de suelos por la acidificación, hace no apto el hábitat para la fauna criolla y contribuye a la aparición de inusuales plagas forestales. Tiene sentido el augurio de que "con el tiempo, sólo habrá cosechas de polvo en la región, porque la erosión avanza a zancadas de gigante y las medidas para contenerla caminan al paso de la tortuga". (Sociedad Interamericana de Planificación, 1-I/III,91). Esta desertización, se localiza en tierras áridas y semiáridas y también se puede percibir en sabanas o zonas de pastizales.

Este proceso que sigue la destrucción de recursos naturales, más allá de las consideraciones que se hacen, tiene una incidencia negativa en la valoración de la vida en lo que a su entorno natural se refiere. Y, por añadidura, esta minusvaloración se extiende, como no podía ser de otra forma, a la misma vida humana, pues una parte de esos 17 millones de niños que mueren o quedan

incapacitados por desnutrición y polución del medio ambiente, corresponde a países antillanos y continentales latinoamericanos. "Sólo en la última generación se ha empezado a comprender la magnitud de las amenazas que se ciernen sobre el medio ambiente a escala mundial", subrayan y advierten M. Tolba y J. Grant, directores ejecutivos del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) y del Fondo de Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF). Se ha demostrado, además, que pesticidas, metales pesados y otras sustancias químicas agreden especialmente al feto y a los niños menores de cinco años, a través del aire, el agua y los alimentos. Quienes viven en situación de pobreza crítica, con carencia prácticamente total de asistencia médica y medios higiénicos, son, como no puede ser de otra forma, los destinatarios de estas crueles agresiones. Entretanto, nosotros, seguimos practicando la rara "virtud" de ignorar el problema o tranquilizar con algún donativo nuestras conciencias.

## **8. Algunas consideraciones sobre el endeudamiento exterior**

Puede parecer recurrente, pero lo cierto es que la deuda externa de los países subdesarrollados sigue preocupando, tanto a deudores como a países acreedores, si bien los motivos han de ser por fuerza diferentes. Tal vez hoy los bancos occidentales que figuran como acreedores, —pese a las turbulencias financieras y monetarias que recuerdan que la crisis económica estructural sigue siendo dura realidad—, disponen de provisiones importantes como para que si dicha deuda se torna incobrable en su mayor parte —cosa que no causaría mayor sorpresa—, no provoque consecuencias desastrosas. De algún modo, por razones de no buena conciencia, comenzó hace ya algún tiempo, más o menos cinco años, a preocupar la situación deplorable en que se encuentran los países deudores —en el caso que nos ocupa los latinoamericanos—, que constatan que sus pretensiones por restaurar su solvencia internacional tiene una doble y hasta cruel contrapartida: se agrava la situación de pobreza y de miseria y se incrementa la inestabilidad social, política y económica.

En Febrero de 1989 se propuso o sugirió que todo lo relativo a la deuda externa de América Latina debería transferirse del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial a una institución de nueva creación que tendría como misión llevar a efecto un seguimiento y control de forma que se tuvieran en cuenta los intereses de los bancos acreedores y de los países deudores. Los órganos de decisión y de control estarían integrados por representantes de ambas partes implicadas, en proporción a las aportaciones al fondo inicial y a la cuantía de las deudas. Se trataba de transformar los créditos en bonos con un interés razonable, lo que se traduciría en una disminución de los activos financieros de los bancos y la consiguiente reducción de la deuda. Algo así como un precio a pagar por haber prestado en exceso y que, en cualquier caso, permitiría el saneamiento de sus carteras crediticias, puesto que sustituirían créditos morosos e

incobrables por bonos garantizados por economías industrializadas y desarrolladas, algunas de las cuales han optado por condonar parte de sus créditos.

Lo cierto es que esta propuesta que hubiera representado un alivio para el sistema financiero internacional no ha cuajado. Las razones pueden ser diversas: por una parte las reticencias de los países industrializados, toda vez que, en definitiva, supondría transferir una parte del peso de la deuda a los gobiernos y a sus contribuyentes que difícilmente pueden aceptar la responsabilidad de unas políticas financieras poco racionales planteadas por los bancos; y, por otra, bien es verdad que tampoco hubiera sido suficiente para afrontar la urgente y cuantiosa necesidad de crecimiento y desarrollo económico-social que reclama la mayor parte de las poblaciones latinoamericanas. Una cuestión ética subyace en todo esto: la falta de solidaridad es más que evidente.

No es de recibo, precisamente por su dramatismo, que, siendo ya muy cuestionable la aplicación de los créditos que conforman la cuantiosa deuda exterior, ésta es el resultado del crecimiento automático y exponencial de los intereses, muy superior a los niveles de crecimiento de los países deudores, a lo que hay que añadir la reducción del precio de sus productos en el mercado mundial, que muestra claros signos de proteccionismo más o menos encubierto por parte de los países desarrollados. Esto, naturalmente, repercute en la escasa industria latinoamericana cuyos activos experimentan una depreciación significativa. Las consecuencias son muy claras: ruina económica y futuro comprometido porque sus excedentes se hallan condicionados por la deuda y creciente dualización y desvertebración de su sistema socioeconómico que ve aumentar su grado de dependencia.

Si hay que ir a la raíz de esta anómala, irregular y desequilibrada situación de endeudamiento, tal vez no andemos muy descaminados si apuntamos en dirección de un liberalismo económico que, aunque no absolutamente, sí en buena parte, ha desembocado en un "capitalismo de casino" claramente injusto, cruel e inhumano, que hace que importantes circuitos financieros se alejen y desvinculen del ámbito de la actividad productiva. ¿Es éste el modelo, el que de verdad se ajusta a las exigencias de la producción y del consumo, de la distribución y circulación de bienes?, o por el contrario, ¿es el que genera una nueva división internacional del trabajo favorable a las economías de los países desarrollados, a una idolatría de la competitividad que sólo pueden mantener los países productores de alta tecnología y otros que con grandes sacrificios la pueden adquirir; todo lo cual da como resultado un alto nivel de conflictividad social y desintegración de unas y otras sociedades, tanto las que viven en la abundancia alienante como las que se debaten en la miseria más inhumana y escandalosa?

Me producen una gran tristeza conocidos, admirados y cotizados investigadores, que, partiendo de análisis parciales y manipulados intelectualmente, proclaman a los cuatro vientos el triunfo e irreversibilidad del liberalismo económi-

co y político propio de épocas pretéritas. Sin la menor duda y por honestidad intelectual, me uno a las ya numerosas críticas que fundamentadamente se hacen a tales proclamas, que deliberada e impudicamente omiten la referencia a las causas estructurales que han contribuido a la situación que hoy padecen los países latinoamericanos .

## **9. Violencia generalizada y seguridad nacional**

Desde distintos ángulos, son numerosas y reiteradas las opiniones que tratan de mostrar la situación latente y manifiesta de violencia social generalizada, de inseguridad ciudadana y hasta del escaso aprecio a la vida en Latinoamérica. Parece obvio insistir en que esta violencia e inseguridad no es ocasional ni casual. Se explica con suficiente claridad a través de los datos facilitados y de los comentarios tendentes a describir una situación deplorable, injusta y únicamente subsanable a muy largo plazo, en el supuesto de que no tardando más tiempo se opte por la aplicación de medidas que forzosamente han de ser radicales y, en consecuencia, afectar a las economías occidentales industrializadas y desarrolladas que, por supuesto, no tienen por qué suponer un retroceso en la cobertura de necesidades básicas, aunque sí ir frenando paulatinamente la alocada carrera consumista en la que participamos y de la que también participan los grupos sociales minoritarios que disfrutaban de un status de poder y de privilegio en la mayoría de los países a que me estoy refiriendo. Lo que genera una violencia institucional que se opone a la violencia social, de manera que una vez desencadenadas se alimentan mutuamente y acrecientan la ya importante dosis de intransigencia, agresividad, intolerancia y fanatismo, que concluyen en enfrentamientos armados que producen numerosas víctimas mortales de las que un día sí y otro también nos llegan noticias.

Con este transfondo, y con la finalidad de combatir movimientos insurgentes, desde hace algunos años circulan las llamadas "tesis o teorías de la seguridad nacional". Dícese, que su base legal se halla en el Tratado de Río de Janeiro de 1947, denominado Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. Desde primeros de siglo EE.UU. pasó a ser potencia hegemónica que se autoatribuyó la tutela y el control sobre Latinoamérica, no permitiendo que países extranjeros europeos se entrometieran. Así, se ha hecho realidad la expresión de Monroe "América para los americanos" o mejor para los norteamericanos. Más tarde se ha popularizado otra expresión "lo que es bueno para la General Motors es bueno para EE.UU. y lo que es bueno para EE.UU. es bueno para todo el mundo". No es ésto lo malo, lo malo es que con el paso del tiempo dichas expresiones se han convertido en realidad objetiva. No absoluta, pero realidad al fin y al cabo, y, que podemos asegurar, se prolongará bastante tiempo. Dejemos los pronósticos .

Sin entrar ahora en juicios de valor, puesto que no es éste el propósito, sí

conviene recordar que Robert Mc. Namara, a comienzos de los sesenta, en su libro "Esencia de la Seguridad" decía: "En la mayoría de las áreas del mundo el peso de la defensa local contra ataques abiertos, la subversión y la guerra de guerrillas descansa sobre la población y las fuerzas locales". Posteriormente, Conley, uno de los autores ocupados en actualizar los principios y criterios acerca de la Seguridad Nacional, afirmaba: "Históricamente el éxito o el fracaso de la insurgencia no ha mostrado una relación simple con el grado de pobreza. La causa inmediata de la insurgencia no es ni el analfabetismo, ni la mala distribución de la riqueza, ni la falta de salubridad... La causa ha de encontrarse directamente en la existencia de un cierto tipo de institución política que facilite la canalización de la disidencia hasta la subversión. El partido y no las condiciones socioeconómicas es la causa. Y la eliminación de la causa es la eliminación del partido". Por consiguiente, se hace una pirueta interpretativa para trasladar al plano ideológico las raíces objetivas sociológicas de los graves problemas que se detectan que, no por casualidad, se han gestado y acrecentado en un marco propio del liberalismo, que según los defensores de estas tesis acerca de la seguridad nacional debe continuar siendo la base de la organización económica, política, social y cultural de todo el área latinoamericana. Mucho más ahora, después del fracaso estrepitoso del llamado "socialismo real".

Esta confrontación ideológica, con todos los ingredientes que la definen más como enfrentamiento tendente a una supremacía y dominación, ha ido perfilando sus bases desde hace trece años, coincidiendo con el acceso de Ronald Reagan a la presidencia de EE.UU. Las ideas centrales que prefiguran desde entonces la seguridad nacional referida a la zona, se resumen así:

— "América Latina es un todo uniforme que está unido ineludiblemente al Occidente en su lucha contra el Oriente.

En la confrontación capitalismo-comunismo, América Latina está inexorablemente al lado del primero contra el segundo".

— "La libertad, la cultura, el nacionalismo, la independencia económica solamente se pueden lograr por y en el capitalismo. Por ello, la divisa de toda la concepción será: la defensa de los valores esenciales de la civilización occidental".

— "Establecidas estas coordenadas, la guerra de exterminio global contra todo aquello que no esté de acuerdo con lo anteriormente expuesto es lógica y natural".

No hace falta mucha sagacidad y perspicacia para caer en la cuenta de que, tras la referencia a la seguridad nacional, lo que subyace es la incompatibilidad radical entre dos sistemas socio-económicos —capitalismo y socialismo—, con la convicción de que el primero es inequívocamente más apto para la promoción, reconocimiento y defensa de los derechos humanos. El corolario es tam-

bién claro: el enfrentamiento ha de ser global y totalizador. Hoy ya no es el caso porque para largo tiempo sólo se halla asegurada la supervivencia del capitalismo. En consecuencia, el liberalismo económico y la iniciativa privada, son la base para avanzar en la solución de los problemas (pobreza, miseria, enfermedad, hambre, explotación, injusticia, etc.) de los países latinoamericanos, que, como anteriormente se dice, son la causa sociológica e inmediata de la inestabilidad política y social que en los mismos se ha agudizado durante la última década. Algo que racional y razonablemente resulta difícil comprender, porque si el liberalismo económico es la causa —no la única, por supuesto— de los males que aquejan a Latinoamérica, sea al mismo tiempo su filosofía y praxis las que los han de solucionar.

Se trata, pues, de una contradicción radical que entiendo sólo podrá resolverse si el liberalismo económico (capitalismo) se socializa, —que no quiere decir convertirse en socialismo—, pero hay demasiados elementos y factores objetivos que nos permiten dudar de que esta transformación se pueda dar. Por tanto, con independencia de que los conflictos sigan latentes o emerjan a la superficie, subsistirá a corto, medio y largo plazo lo que pudiéramos denominar relación dialéctica entre violencia generalizada y seguridad nacional, haciendo que el deseable afianzamiento de las democracias se halle comprometido; y ello, entre otras cosas, porque el espectro social que ocupan las clases medias es muy reducido, muy minoritario el de las clases altas y muy amplio el de la clase baja. La continuidad y agudización del enfrentamiento entre ricos y pobres es el pronóstico con más posibilidades de acierto.

#### **10. Concentración demográfica, democracia y participación activa**

Desde 1950 se aprecia un marcado proceso de concentración de la población en tres áreas muy concretas: costa, alliplanicies y ciudades. Se registra un fenómeno muy claro, pues al tiempo que se produce un crecimiento desproporcionado de la población urbana y menor en la costa, en el interior de los países quedan amplias zonas de su territorio muy escasamente pobladas. La causa parece ser la pérdida de fertilidad de extensas zonas cultivadas y cultivables, a lo que hay que añadir el régimen de propiedad de la tierra, los cambios tecnológicos en la agricultura y la violencia. El éxodo de la población rural a las ciudades tiene pues su explicación. En 1991 la tasa de crecimiento de la población ha sido del 1,9 para el conjunto de América Latina y de 2,6 en las áreas urbanas. El proceso de concentración urbana, aunque algo más lento, no parece contenible por el momento.

Las consecuencias negativas son perceptibles a nada que se haga un recorrido por las grandes ciudades: hacinamiento, miseria, desarraigo, insuficiencia o carencia absoluta de servicios sociales y colectivos, delincuencia, prostitución e inseguridad. Es el sino de los económica y culturalmente más débiles y peor

dotados, a quienes la única puerta que se les abre es la de la desesperanza y a veces desesperación. Como contraste, todo hay que decirlo, frente a amplios núcleos de miseria y marginación social —a modo de bofetada en pleno rostro— aparecen zonas menos extensas en las que la opulencia, el lujo y la ostentación se exhiben sin el menor pudor, ni tan siquiera un atisbo de conciencia social. El modo utilizado en estas áreas de marginación para afrontar, que no resolver, el problema acuciante de la vivienda, se ha traducido en puro y duro chabolismo carente de servicio tan imprescindible, entre otros, como es el de agua potable.

A lo largo de dos décadas 1960/1980, las dictaduras militares han sido las formas de gobierno más comunes, amparadas en fuerzas conservadoras interiores y sostenidas, por razón de intereses económicos, desde el exterior. En cambio, durante estos diez últimos años, debido a la presión social interior y también con apoyo exterior, se ha ido dando paso a regímenes democráticos que, por no contar de una manera clara con suficiente mayoría o legitimidad social, no son todavía garantía bastante de estabilidad política. Esto, no obsta, para constatar que se han dado pasos positivos hacia la proclamación, reconocimiento y defensa de la libertades cívico políticas fundamentales. El pluralismo social existente va tomando una expresión asociativa que exigirá un cierto tiempo para su consolidación. No obstante, los derechos humanos se ven conculcados en determinadas ocasiones, e instituciones y leyes se hallan insuficientemente aceptadas y asimiladas por no gozar de la necesaria credibilidad.

Lo antedicho no quiere significar que desde el mundo occidental desarrollado se ofrezca un modelo democrático liberal digno de ser imitado, ya que, con unas sociedades fuertemente tecnocratizadas y burocratizadas, se halla muy lejos del viejo lema “libertad, igualdad, fraternidad” o de entender la democracia como “el gobierno del pueblo, con el pueblo y para el pueblo”. Tales propósitos han quedado reducidos, al menos de momento, a buenas intenciones o puro voluntarismo. La democracia real, auténtica, —económica, política, social y cultural—, aún no ha hecho acto de aparición en ninguno de los pueblos y sociedades en que histórica y sucesivamente se ha concretado esa abstracción que llamamos humanidad.

Y es que, en el fondo, si la democracia —cualquier democracia— no se define en su teoría y en su praxis, como una propuesta y respuesta participativas de todo el tejido social bajo múltiples formas asociativas, tendremos que convenir en que dista mucho de ser eso, democracia. No ya en términos absolutos sino relativos. A lo más a que hemos llegado en nuestro mundo occidental desarrollado es a organizaciones políticas formalmente democráticas con índices de participación ciertamente bajos. El individualismo reinante como filosofía política inspiradora genera aislamiento, inhibición y desaliento a la hora de participar consciente y comprometidamente. Ahora, en América Latina, sin que el fenóme-

no sea generalizable, se puede apreciar en el mundo rural-campesino, un serio intento de recuperar formas asociativas para la defensa de sus intereses que, en ocasiones, sintonizan con prácticas comunitarias de raíces amerindias, siempre, claro está, tratando de atender colectivamente a necesidades elementales y básicas sin cuya cobertura la misma condición humana se halla gravemente afectada.

Lo que es organización y práctica política de carácter partidocrático, se desvuelve de conformidad con el modelo imperante en occidente, es decir, democracia formal y no real. Si es caso, habría que subrayar, en aras de la objetividad, que las dificultades para un desarrollo democrático racional y razonable se acrecientan a causa de la difícil situación económica de la mayoría de los países latinoamericanos y de su desequilibrada estratificación social. Quedan muchas incógnitas que el futuro irá despejando, por supuesto, no a corto plazo. En la actualidad, debido al desánimo y cansancio y a la caída irreversible del socialismo real en los países de la extinta órbita soviética, se hallan en declive las opciones de signo revolucionario y se tiende a reformas portadoras de transformaciones sociales significativas a medio y largo plazo, mediatizadas por un acusado intervencionismo occidental vía instituciones monetarias y financieras internacionales, así como empresas transnacionales.

Las (ONG), Organizaciones no gubernamentales de la C.E.E., mediante muestra sociológica obtenida en sus doce países, han podido percibir que, entre el 40% y el 50% de los europeos, respecto del Tercer Mundo, desean saber: —qué hacen por sí mismos para desarrollarse; —cuáles son las causas del subdesarrollo; y, —cuáles son sus condiciones de vida reales. Dichas ONG, sabedoras de la falta de información existente y de las opiniones y análisis interpretativos poco rigurosos, han propuesto las siguientes orientaciones: —evitar imágenes catastróficas o idílicas; —presentar a los pueblos subdesarrollados como seres humanos dotados de dignidad y de identidad cultural, dentro de su contexto específico social y económico; —insistir en las causas de la miseria, tanto políticas como estructurales o naturales; y, sabiendo que cuando se trata de su problemática, son precisamente sus propios representantes quienes han de ser oídos y escuchados.

## **11. Causas estructurales y específicas del subdesarrollo**

No me puedo extender mucho. Me ceñiré como hasta ahora a Latinoamérica. De la teoría o teorías de la dependencia, —sin que hayan dejado de tener vigencia y validez—, hoy ya se habla de la “prescendencia” (vocablo incorporado al diccionario de la lengua castellana, de uso en Centroamérica). Se aplica como equivalente, al gerundio “prescindiendo”. Se prescinde, no absolutamente, hasta que su población se constituya en “demanda solvente” o, lo que es igual, que se transformen en mercados con suficiente capacidad de renta como para adquirir bienes de consumo duradero por parte de los sectores mejor acomodados. Para

ello han de transcurrir décadas. Se trataría, ni más ni menos, de que importantes contingentes de población inmersos en la clase baja pasaran a engrosar el espectro social de las clases medias. Algo no previsible a corto y medio plazo.

Según mi modesto leal saber y entender, las causas estructurales del subdesarrollo de los países latinoamericanos, se pueden resumir del siguiente modo:

- la crisis económica internacional de onda larga que se viene arrastrando desde hace más de veinte años que, entre otras cosas, ha supuesto una reducción importante de sus exportaciones agrícolas y de producción ganadera;
- sus mercados interiores son sumamente débiles y no pueden desde la demanda, presionar positivamente sobre la producción;
- el impacto de las nuevas tecnologías, por carecer de las mismas y no poder adquirirlas e incorporarlas suficientemente a sus estructuras productivas, les sitúa en posición desfavorable en lo que a acumulación de capital fijo se refiere;
- desde el punto de vista sectorial siguen sus economías sustentándose desproporcionadamente en el sector primario (agricultura, ganadería e industrias extractivas), siendo muy débiles los sectores de transformación y de servicios;
- el flujo de capitales (inversión extranjera), en su mayor parte procedente directa e indirectamente de empresas multinacionales, que se instalan para explotar “in situ” recursos naturales y mano de obra abundante y barata, al mismo tiempo que les permite la captación de mercados en países limítrofes o próximos;
- la presencia activa de capital exterior a que me refiero anteriormente produce dos efectos: por un lado, es un serio obstáculo e impedimento para poder disponer de industria propia y, por otro, posibilita la repatriación de rendimientos hacia el país en que se halla incardinada la casa matriz de la multinacional de que se trate;
- las consecuencias son inmediatas: salarios bajos, inflación y altas tasas de desempleo;
- el endeudamiento externo, al que ya me he referido anteriormente, repercute en que parte de la población quede fuera de los circuitos productivos y comerciales, sin posibilidad de salir de su situación de pobreza extrema; y, además, sus economías, salvo muy pocas excepciones, quedan de estancamiento permanente.

Y como causas que podríamos denominar visibles e inseparables de las anteriores porque se dan simultáneamente, cabe destacar las siguientes:

- **Precios.** Podemos decir que desde hace siglos, pero más próximamente desde que concluyó la segunda guerra mundial y se define el nuevo orden económico liberal, los precios vienen predeterminados por los países industrializados. Han sido altos para los productos industriales y bajos para los productos agrícolas y materias primas que constituyen la base material de los países subdesarrollados.
- **Salarios.** Siempre en términos relativos. Altos en los países desarrollados y bajos, en general, en los países subdesarrollados. Como quiera que el salario es el precio de mercado del trabajo, teniendo en cuenta lo dicho anteriormente, hasta se puede concluir que se da la paradoja de que la clase trabajadora de los países ricos explota a la de los países pobres. Y, además, con salarios bajos no es posible crear un mercado interior capaz de, desde dentro, dinamizar la economía propia.
- **Propiedad de la tierra.** Es privada e individual, salvo una pequeña proporción que adopta formas colectivas de carácter cooperativo. Se halla distribuida en pocas manos, lo que ha permitido el afianzamiento económico-político de un reducido número de familias consideradas como verdaderas oligarquías terratenientes, en claro detrimento de los intereses de la gran masa social que integra el campesinado. Los grupos terratenientes, con intereses en el exterior y más o menos, directa o indirectamente, vinculados a grupos de poder extranjeros, se han preocupado poco o nada del desarrollo de sus propios países. Han actuado a la manera de regímenes señoriales.
- **Demografía.** Como queda anteriormente dicho, el crecimiento vegetativo de las poblaciones, debido a las altas tasas de natalidad y al descenso o estancamiento de las de mortalidad, origina un aumento demográfico que, además de la problemática social ya citada, hace prácticamente imposible el incremento de la renta por habitante.
- **Climatología.** También tiene su incidencia, especialmente en las zonas ecuatoriales y tropicales. Sin que ello suponga un juicio de valor hacia las personas, lo cierto es que las altas temperaturas generan cierta indolencia y pusilanimidad, que constituyen un freno para la imaginación, creatividad y capacidad de emprender. Insisto, esta apreciación es relativizable y no implica valoración de tipos humanos.
- **Cultura.** Se puede hablar de un escaso o más bien bajo nivel cultural desde el punto de vista instructivo, lo cual representa un serio obstáculo para desarrollar la propia personalidad e idiosincrasia colectiva. Se percibe, casi a la manera de ley sociológica, una tendencia a imitar las conductas y comportamientos de los países desarrollados e industrializados, en especial de la sociedad norteamericana. Parece ser cierto, o al menos lo es en parte, que la incorporación masiva e incontrolada de nueva tecnología y el consumismo han desencadenado todo un fenómeno de "homogeneización cultural" para el

que ninguna sociedad se halla vacunada. Esto exige un estudio más extenso y profundo que rebasa los límites de este trabajo.

## **12. Internacionalización, mundialización, globalización**

Como quiera que los fenómenos económico-sociales que pretenden reflejar estos conceptos en su dimensión planetaria no han surgido por generación espontánea, sino que son el resultado de un proceso inacabado, es por lo que, antes de entrar en la explicitación de su significado y contenidos, me ha parecido oportuno dejar constancia, si no de todos, al menos de algunos hechos y circunstancias por las que, hasta llegar el momento actual, han atravesado y siguen persistiendo con mayor o menor intensidad en los países latinoamericanos, ya que son éstos los que constituyen el centro de interés de este trabajo.

Decía, al principio, que se trata de conceptos hoy repetidamente utilizados con escasas matizaciones y, por consiguiente, sin suficiente precisión. Su contenido y significación se deberán ajustar a las peculiaridades de cada área geográfica o escenario socioeconómico que, repito, en este análisis no es otro que América Latina, intentando, desde su realidad, llegar a una reinterpretación crítico constructiva de los mismos. Veamos.

La internacionalización de la producción, desde ya hace más de dos décadas, ha supuesto la incorporación de una buena parte de la mano de obra de estos países a una estructura corporativa internacionalmente integrada. Para nadie es un secreto que la explotación de esta mano de obra se ha llevado a efecto previa implantación de empresas transnacionales. Su actuación ha sido decisiva y las instituciones locales, económicas, políticas y financieras han coadyuvado. Esta consideración, en principio, no pretende prejuzgar nada, sino constatar un hecho que, además, pone de relieve la relativa incapacidad de estos países para aprovechar sus propios recursos. Así, el capital transnacional se inscribe en la estructura productiva de los diferentes países, no limitando su presencia activa al ámbito latinoamericano. En todo caso, con la suficiente libertad y agilidad para modificar su localización si lo estima conveniente, sin reparar mayormente en la inestabilidad económica y social que tal proceder pueda desencadenar. Se subsana provisionalmente una carencia de capital y se acentúa el grado de dependencia.

Resulta, pues, que la internacionalización de la producción es inseparable de la internacionalización del capital, que puede adoptar diversas formas, tales como: inversión directa, inversión en cartera, créditos comerciales, préstamos a las empresas, depósitos en instituciones extranjeras e inversiones en mercados financieros y de valores. En todos estos aspectos, en los que incuestionablemente la especulación se hace presente, las economías latinoamericanas se ven forzadas a ir a remolque. Su capacidad de decisión se halla fuertemente limitada en el momento actual, en el que la internacionalización del capital se basa en el dinero —monedas centrales—, la alta tecnología, la información en tiempo real y la

investigación científica. Posibilidades, todas ellas, que son patrimonio casi exclusivo de las empresas transnacionales.

El fenómeno de la internacionalización de la producción y del capital hay que situarlo, a su vez, en un marco más amplio que es el de la mundialización de la economía, que no se debe limitar a la influencia y protagonismo de las empresas transnacionales, por importante y decisivo que éste sea, cosa que nadie pone en duda. La mundialización, incluye además: —los elementos y factores propios del proceso económico contemplado en su dimensión planetaria y, si se quiere, cósmica, por su implicaciones; —la nueva estructura económica mundial, no confundible con un deseable nuevo orden internacional; —el conjunto de instituciones económicas, financieras, comerciales y monetarias que sirven de soporte instrumental a toda la complejidad operativa.

La mundialización de la economía en una acepción más pragmática, supone, asimismo, que el mundo se contempla como un vasto mercado. No es mera ocurrencia la expresión “monoteísmo de mercado”. Todo, prácticamente, se traduce a categorías mercantiles. Todo se compra y se vende. Hasta la dignidad de las personas, ya que las personas en sí mismas tienen precio. Teóricamente, y de forma axiomática, se habla de un equilibrio general al que tienden los desequilibrios coyunturales de los mercados, cuando la realidad del desequilibrio es permanente, a la manera de constante histórico-sociológica. Con toda tranquilidad se habla de corto, medio y largo plazo, ignorando indecentemente la cobertura de necesidades reales, urgentes y perentorias de numerosas colectividades humanas, por el simple motivo de que todavía no han alcanzado la condición de demanda solvente o de segmento de mercado. La relación causa-efecto de los fenómenos económicos, políticos, sociales y cultural ideológicos, deliberadamente pasa desapercibida. Los pobres, marginados e indigentes, tan abundantes en la geografía latinoamericana, constituyen una realidad que invita a mirar para otro lado. Eso sí, para tranquilizar conciencias y por razones electoralistas, de vez en cuando se incurre en un verbalismo indigno y descomprometido. Los medios de comunicación e información contribuyen a la consolidación, que desde mediado el siglo actual agranda la distancia económica y social entre países industrializados—desarrollados y países no industrializados-subdesarrollados, entre grupos privilegiados y grupos desfavorecidos.

La globalización va más allá de la mundialización. Tiene carácter sistémico e incluye a individuos, colectividades, instituciones y estructuras. En la actualidad podríamos decir que, salvo algunas zonas geográficas de no fácil definición, la globalización toma cuerpo en el sistema neoliberal que ideológicamente lo absorbe todo, más aún después de la fulminante caída del socialismo real y a sabiendas de que el socialismo democrático, si bien lentamente va haciendo camino, hoy tiene una base muy débil. Así pues, globalización es equivalente a neoliberalismo y comprende: la nueva división del trabajo subsiguiente a la

implantación masiva de nuevas tecnologías; la coordinación oligopólica de empresas transnacionales y grandes entidades financieras; los incesantes intentos de unificación y dominio de espacios económicos; la actividad especulativa de mercados financieros monetarios en permanente situación de inseguridad; la capacidad de generar estabilidad e inestabilidad de conformidad con los intereses de los ocho o diez países más desarrollados; el control de la investigación científica, de las innovaciones tecnológicas, de la distribución de la energía y de los instrumentos mediáticos que actúan de soporte para la información y comunicación, y, por supuesto de los precios; la regularización de las relaciones centro-periferia que favorece la acumulación de capital en los países centrales al tiempo que dificulta y obstaculiza la industrialización de los países periféricos; el proceso imparable de concentración de poder económico, político, militar y cultural-ideológico en un reducido número de países que impúdica y antidemocráticamente se auto atribuyen preeminencia respecto y sobre los demás.

Sé, sobradamente, que lo antedicho representa sólo una opinión cuestionable como cualquier otra. Por mi parte, en ningún caso inamovible, si bien para modificarla precisaría disponer de datos y argumentos convincentes. Cuando vea y compruebe la existencia real de planteamientos y acciones políticas y económicas que de verdad favorezcan a los países subdesarrollados y a los colectivos socialmente maltratados, al tiempo que se frena la opulencia de los países desarrollados y se reducen los privilegios de los grupos que nadan en la sobreabundancia, entonces, y sólo entonces, comenzaré a repensar la interpretación propuesta.

### **13. Latinoamérica inmersa en la lógica capitalista neoliberal**

Conocidos y relevantes autores hablan hoy de postcapitalismo, basándose en la innovación tecnológica que impone cambios profundos en la producción y en la organización productiva y administrativa, así como en la propia concepción organizativa que, al reducir su verticalidad y acrecentar su horizontalidad genera efectos integradores. También como no, se apoyan en la internacionalización de los mercados, en la mundialización de la economía y en la globalización del proceso. Son opiniones no desdeñables. Sin embargo, me inclino a pensar y considerar que es más correcto hablar de una nueva etapa del capitalismo que, dadas sus cualidades y aptitudes camaleónicas, actualmente y para las próximas décadas adopta la forma de neoliberalismo. Su fundamentación ideológico-pragmática entiendo sigue siendo la misma, si bien el contexto ha cambiado.

La multicolor Latinoamérica se halla inmersa desde hace décadas en la lógica neoliberal. Es una opinión que, salvo excepciones, se halla generalmente compartida. Quienes la impulsan y sostienen, tampoco ocultan su propósito y proyecto, apelando a la interdependencia y complementariedad, convencidos de que el devenir histórico-sociológico les otorga una credencial fiable en el senti-

do de que se trata del mejor sistema socioeconómico posible. No se reprimen en afirmar que el hombre liberal, reencarnado en el neoliberalismo, es, nada más y nada menos, que el último hombre.

Este neoliberalismo, después de la desaparición de los bloques propios de la guerra fría, es el que se expande a ritmo acelerado por todos los países latinoamericanos, con el apoyo de minorías bien situadas y sin que la mayoría de la población participe a la hora de optar por decisiones trascendentales que les afectan y conciernen muy directa y negativamente. El proceso de privatizaciones, —léase “privatizacionismo”—, es una muestra palpable, que, entre otras cosas, pone de manifiesto la debilidad de los Estados y de la sociedad civil.

- un área subdesarrollada con insuficiente explotación de los recursos de la zona debido a la escasez de uno o varios factores de producción, con muy bajo nivel de vida para la mayor parte de la población;
- rentas, tanto individuales como nacionales, que se sitúan en niveles bajos;
- insuficiente dotación de recursos alimenticios para amplios sectores con dietas muy recortadas en calorías y, por tanto, con muy limitadas defensas orgánicas para afrontar enfermedades y epidemias;
- abundancia relativa de mano de obra poco cualificada, que implica una baja productividad para el factor trabajo;
- índices muy preocupantes de subempleo y desempleo que se traducen en pobreza extrema, marginación y su secuela delincencial;
- fuertes déficits presupuestarios que alimentan altos índices de inflación, al tiempo que se da una baja presión tributaria y un alto nivel de fraude fiscal;
- la corrupción se halla instalada en las administraciones públicas, con lo que crece la desconfianza de los potenciales contribuyentes y de toda la población;
- el nivel de cobertura para las necesidades colectivas disminuye notablemente, y así la educación, la medicina, la sanidad y todo tipo de prestaciones sociales se hallan escasamente atendidas;
- los tipos de interés, en general, son elevados si se comparan con los que rigen en las zonas económicamente desarrolladas y, además, tienden a mantenerse en costas altas, salvo que se den hechos extraordinarios;
- la producción agrícola que en otro tiempo pudo ser diversa y base para la exportación, ha tendido al monocultivo con clara incidencia negativa en las respectivas balanzas comerciales, máxime cuando los precios de mercado descienden, cosa que ocurre repetidamente con el café, el azúcar, el tabaco, el arroz y el banano, y, en determinados casos el petróleo y minerales que

conforman la actividad económica extractiva;

- las tasas de crecimiento vegetativo son altas debido a los altos índices de natalidad que son superiores a los de mortalidad, pero la morbilidad aumenta y la esperanza media de vida se estanca;
- la riqueza se concentra en pocos mientras que la pobreza se extiende a muchos, lo que hace que el desequilibrio social, estructural por su propia naturaleza, sea muy difícil de erradicar.

La situación que sucintamente acabo de describir, aunque no únicamente, es el resultado de la aplicación implacable de las tesis neoliberales que han desembocado en puro y duro economicismo o determinismo economicista que poco tiene que ver con un auténtico desarrollo económico y social. El acceso a niveles de competitividad, tal y como ésta se concibe en los países desarrollados, es un sueño inalcanzable para los países subdesarrollados, en este caso los latinoamericanos, que se ven atrapados en un círculo fatal del que, salvo alguna excepción circunstancial, difícilmente podrán salir. Lo que ya no resulta tan difícil, —a poca capacidad analítico-estructural que se aplique, acompañada de voluntad política—, es prever las consecuencias no lejanas en el tiempo porque ya se perciben de manera plausible en el momento actual. Las experiencias de regionalización económica, pese a sus innegables condicionamientos y limitaciones, representan una débil esperanza, en la medida que logren el mayor grado de autonomía posible en medio del vendaval neoliberal que con furia incontenible sopla desde el norte, con evidente apoyo de instituciones financieras internacionales que controlan los países desarrollados.

Tiene sentido, por consiguiente, la opinión de E. Dussel, cuando refiriéndose a Latinoamérica, y tras afirmar que “ser cristiano es ser crítico”, añade: “Estamos ante la crisis del neoliberalismo. Sus efectos son evidentes: no hay productividad; hay desempleo Y ahora vendrá qué se hace con un pueblo hambriento. Son momentos interesantes y críticos”. Naturalmente, esta apreciación acerca del neoliberalismo, exige un breve comentario analítico para comprobar su grado de certidumbre. Es lo que me propongo realizar seguidamente.

#### **14. El neoliberalismo ante una aguda crisis de legitimidad**

Desde hace algunos años los defensores a ultranza de la inadecuadamente llamada economía de libre mercado, a la vez que imponen su neoliberalismo, insisten, con ocasión y sin ella, en proclamar sus virtualidades y logros. De su implantación sólo se derivan ventajas y, si surgen inconvenientes, éstos son irrelevantes. Por mi parte, sin negar determinadas e importantes consecuencias que cualquiera puede constatar, ahora me propongo de manera sintética hacer el contrapunto. Para ello, me parece que lo mejor es recordar una serie de hechos que no pueden pasar desapercibidos y que, son expresión manifiesta de la aguda

crisis de legitimidad por la que atraviesa el neoliberalismo. Hasta me permito hacer una premonición: esta crisis de legitimidad, lejos de atenuarse, se acentuará cara al próximo siglo y milenio. Me limitaré a citar hechos concretos sin entrar en su exhaustivo análisis que reclama un trabajo más extenso.

Económicamente, al tiempo que da respuesta a determinadas necesidades reales, genera gran número de necesidades artificiales, impidiendo una racional utilización de recursos. El pleno empleo es objetivo inalcanzable, salvo en un número reducido de países. Nos vemos abocados a una permanente crisis de superproducción. La inevitable reconversión industrial lleva aparejada una obsolescencia planificada que, a su vez, crea fuertes tensiones en lo que a acumulación de capital se refiere, más acusada en los países de mediano o bajo nivel de desarrollo que representan más de las cuatro quintas partes. La competitividad, ambivalente en sí misma, aunque no absolutamente, es alcanzable para las grandes transnacionales y mucho menos para la pequeña y mediana empresa, menos aún para los países latinoamericanos. Los mercados financieros y monetarios, muy inestables por su carácter especulativo, en vez de orientar recursos hacia la economía real, detraen parte de los excedentes que ésta pueda registrar, dando lugar a desequilibrios sectoriales permanentes. Los países que más insistentemente se muestran como librecambistas, con indisimuladamente incurren en prácticas proteccionistas.

Conviene, por otra parte, no olvidar clamorosas contradicciones que seguimos observando en el neoliberalismo occidental, tales como: inflación y pleno empleo; ahorro e inversión; inversión y creación de empleo; proceso de concentración y democracia participativa; competitividad y personalización; gasto público creciente y cobertura decreciente de necesidades colectivas; interdependencia económica y escasa complementariedad en la utilización de recursos. Quizás, en el fondo, e insistiendo en lo dicho anteriormente, ocurre que se da un exceso de mercantilización. Se compra y se vende todo: productos, capitales, dinero, cultura, educación, diseño —diferencia— imagen, armas, publicidad, ocio, drogas, información y la voluntad y honradez de las personas. Se ha caído en un injusto y frustrante economicismo, equivalente a una guerra económica en la que resulta fácil saber quiénes vencen y quiénes son los vencidos. Con razón, a los primeros, flamantes triunfadores, alguien ha calificado como “tupamaros de la selva”. No todo, por supuesto, es ilegal, ilegítimo e ilícito. Las bondades del sistema nos las introyectan diariamente a través de múltiples instrumentos mediáticos.

Políticamente, justo es reconocerlo, el liberalismo económico se halla en la génesis de los estados de derecho liberal que conocemos y, asimismo, de las denominadas democracias formales que desde hace dos siglos se han extendido por todos los continentes, dando por superado el antiguo régimen aristocrático, del que en determinadas áreas quedan algo más que simples reflejos. Se reconoce, ampara y defiende el pluralismo político. Pero nos hallamos lejos de una

participación real y activa de todos los colectivos sociales en las decisiones políticas, o, lo que es igual, en el poder político. Las diferencias son ostensibles según la posición que se ocupa en el plano económico. Las instituciones políticas, sociales y sindicales, tienden a tecnocratizarse, al tiempo que sus dirigentes caen en lo que peyorativamente se da en llamar profesionalismo o permanencia indefinida en cargos de dirección, con el grave riesgo que ello supone de incidir y reincidir en prácticas corruptas. En ningún caso, quiero decir que irremisiblemente todos los políticos sean corruptos. Las bases electorales y la militancia de los partidos sólo conectan con los equipos de dirección para la reelaboración ideológica y proyectos y programas políticos. De modo consciente e inconsciente se manipula a las personas, haciendo que eso de la "erótica del poder" sea algo más que mera ocurrencia. Los altos niveles de abstención en comicios electorales son la resultante, lo que, guste o no, supone una deslegitimación de la vida y acción política. También hemos de considerar que la democracia tiene mucho de ficción si no va acompañada de una educación política, y ésta, en general, o brilla por su ausencia, o es muy escasa, parcial y deficiente.

Socialmente, la injusticia y desigualdad se han instalado en la misma lógica interna del sistema, hasta el punto que, en parte, constituyen un soporte del mismo. Los conflictos, incluidos los de carácter bélico, hoy continúan latentes y siguen teniendo como causa estructural dicha injusticia y desigualdad que, de no afrontarse y reducirse, son una auténtica bomba de relojería. La innovación tecnológica y la reconversión industrial, en la medida que segregan desempleo, tienden a agudizar el problema de la falta de empleo. Las organizaciones sindicales encuentran fuertes resistencias dentro del sistema para su consolidación y acción reductora de diferencias por medio de la negociación colectiva. Así, la insolidaridad es la moneda más corriente, aceptada como algo inevitable. Por eso, autores críticos, refiriéndose al neoliberalismo no vacilan en afirmar que "no es un modelo para respuestas globales a las masas, es elitista, corporativista y tiende a crear grupos de poder cerrados y contrarios al pluralismo social". La estructura social de los países latinoamericanos, habida cuenta de su heterogeneidad, confirma este diagnóstico. Tampoco hay voluntad política de combatir en su raíz las enormes desigualdades, que de momento tienden a acrecentarse.

En algunos países, con más voluntad que acierto, grupos de signo socialdemócrata, teniendo como modelo los países desarrollados, enarbolan la bandera del estado del bienestar y tratan de hacerse un hueco en la vida política. Tarea poco menos que imposible, puesto que para tal propósito se necesitan sindicatos fuertes y una clase media numerosa. Su capacidad de presión es muy débil para implementar políticas de rentas, educativas, de empleo y fiscales, de las que se pudieran seguir efectos redistributivos.

Cultural e ideológicamente, el futuro se muestra poco atrayente. El culto a lo

inmediato, a la eficacia y racionalidad económicas, que se traducen en pura filosofía pragmatista, producen un efecto de vaciado de la propia cultura e identidad, de la que desaparecen valores como la justicia, la libertad, la tolerancia, el trabajo, la igualdad, la autoridad responsable, el compromiso social voluntario y la solidaridad. El consumismo es la cultura dominante y la sociedad, sin reflejar perplejidad y capacidad de reacción, ve cómo el individualismo insolidario configura la mentalidad, las actitudes y las conductas. La verdadera cultura, la que contribuye a desarrollar la capacidad de ser, de pensar y contribuye a desarrollar la capacidad de ser, de pensar y de sentir, de discernir, de valorar ética y constructivamente, como sujetos autónomos libres y con independencia de criterio, queda en estado de hibernación. La cultura neoliberal, sin ser absolutamente perversa, es portadora de elementos que se oponen a las exigencias de la condición humana.

La citación de hechos podría alargarse y hasta profundizar más en ellos, pero con lo dicho estimo que es suficiente para explicar porque podemos hablar de la aguda crisis de legitimidad que acompaña al neoliberalismo. No todo, —sería un juicio equivocado—, es injusto, inhumano y perverso, pero sí que son elementos que, tomados como un conjunto en el que los hechos se imbrican unos en otros, hacen que se trate de un sistema de muy difícil aceptación, si de lo que se trata es de orientar a los países latinoamericanos hacia cotas de bienestar social. Aunque, lo cierto es que tendremos neoliberalismo hasta bien entrado el próximo milenio. El entramado de poder económico, tecnológico, político, militar, apoyado en la información y los medios de comunicación, así lo hacen prever. La marginación, las carencias y el sufrimiento para la mayor parte de la población están garantizados. Las consecuencias, sin falsos optimismos ni catastrofismos, nos las podemos imaginar. El hecho de que existan áreas geográficas que, por razones similares o parecidas, se hallen en peor situación, no sirve de consuelo. El mundo occidental industrializado y desarrollado tiene que hacer una severa autocrítica.

## **15. Una conclusión provisional**

Hasta aquí, de una manera sucinta, he intentado describir la situación de los países latinoamericanos, siendo plenamente consciente de que no responden a un patrón único. Se podrían establecer hasta cinco o seis grupos claramente diferenciados. El estudio y análisis pormenorizado de cada uno de ellos nos obligaría a esta clasificación. Pero todos ellos, en mayor o menor grado, salvando su peculiaridad, tienen algo en común: el subdesarrollo. Me hago las preguntas, no exentas de ingenuidad, ¿podrán salir algún día de esta situación?, ¿cuál puede ser su modelo de referencia?, ¿quiénes son o serán los sujetos que deben impulsar el cambio hacia una situación progresivamente más humana?

No hace falta ser un lince para descubrir que toda esta dinámica del

subdesarrollo es inseparable y simultánea de otra, la del desarrollo. Y ambas, imbricadas dentro de un sistema: el neoliberalismo economicista. Hoy, de hecho, el único, en su fase tecnocrática y de más alto avance tecnológico conocido hasta el momento. Si es verdad, que una parte del pasado —cada vez menor— se incorpora al presente, y que el presente —fuertemente impregnado de individualismo, productividad y competitividad, es decir, la lógica de los económicamente fuertes— está ya configurando el futuro, habrá que concluir que el porvenir para los países subdesarrollados no es muy consolador. ¿Cómo y en base a qué podemos pensar —si no es que se den cambios estructurales, en la actualidad no previsible—, que el sistema neoliberal, en gran parte responsable de esta situación, sea el que de verdad se proponga corregirla?

Por el momento, porque no hay otro, el modelo de referencia que se les ofrece es el occidental: capitalismo productivista y competitivista y democracia formal. Es decir, más de lo mismo. Son ya varios los que han afirmado, en clara oposición a lo que el neoliberalismo actual postula, que una democracia neoliberal, en la que libertad, pluralismo y participación, se alejan de ser una posibilidad real para todos, se asemeja a la libertad del zorro libre en el gallinero libre. Ocurre también, que son muchos los que opinan que este capitalismo y esta democracia, es bien cierto que no son los mejores, pero son los menos malos y los únicos hoy posibles. No es casualidad que, quienes afirman esto último, no hagan un esfuerzo por recabar la opinión de quienes viven y sufren la situación que hemos descrito, que no es la peor del mundo subdesarrollado.

En el marco de “desorden internacional” en que nos encontramos, no me cabe ninguna duda de que, si no se toman medidas —económicas, financieras, monetarias— radicales, cosa no prevista a corto y mediano plazo, los países latinoamericanos podrán contar con su propio esfuerzo para cambiar lentamente y en lo posible su adversa situación. Del exterior industrializado y desarrollado muy escaso apoyo les ha de llegar. No será poco que se deje de exprimir sus economías y el trabajo de sus gentes. Sé que la perspectiva es poco optimista. Hoy por hoy, quienes abren una puerta a la esperanza, son los cientos y miles de personas que participando y viviendo desde dentro su peripecia humana e inspirados en la solidaridad y la paz, dejan su piel a tiras día tras día en la actividad económica, en la promoción de empresas cooperativas, en la educación y, cuando de creyentes se trata, en formas comprometidas y arriesgadas de vivir su fe. Para el que quiera mirar y ver, constituyen un auténtico testimonio y un mensaje de solidaridad y justicia que, como grito estridente y desgarrado, nos llega desde las mismas entrañas de Latinoamérica.